

este mismo conocimiento establecidas por éste, no sólo es dudoso, sino también abiertamente oportunista y se apoya casi siempre en posiciones con un matiz político o ideológico que desembocan sin excepción en puntos de vista y actitudes demagógicas, orientados hacia los sectores más contestatarios, desde la extrema izquierda hasta las posiciones ultraliberales, como también hacia las llamadas "minorías", sin excluir asimismo los movimientos feministas a ultranza. El posmodernismo, tal como aparece hoy, se caracteriza por la heterogeneidad de sus puntos de vista, y desde el mismo conocimiento no hay duda de que se trata de un movimiento heteróclito, al erigirse por sí mismo en paradigma, por fuera de todo método interpretativo de la realidad del mundo.

ELKIN GÓMEZ

Crónicas, relatos, recuerdos

Manuel Uribe Ángel, narrador
Dora Helena y Hernán Botero R.
(compiladores)

Colección Señas de Identidad,
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 2000, 411 págs.

En su colección Señas de Identidad, la Universidad de Antioquia, que en los últimos años se ha caracterizado por publicar muy diversos y excelentes textos, presenta una compilación de crónicas e historias escritas por el médico antioqueño Manuel Uribe Ángel.

Uribe Ángel nació en Envigado en 1822, en 1836 viajó a Bogotá para estudiar en el Colegio Mayor del Rosario y luego seguir estudios de medicina en la Universidad Central. Ejerció la medicina, realizó importantes investigaciones especializadas sobre medicina tropical, fue fundador de la Facultad de Medicina, de la Biblioteca y el Museo de Zea, de la Academia de Historia, del Mani-

comio de Bermejil y colaborador del Ferrocarril de Antioquia, amén de asiduo colaborador de periódicos y revistas literarias.

El prólogo de los compiladores nos lo presenta como el doctor en medicina que participa en política, hace investigación científica y asiste a tertulias culturales; como un ser bondadoso y muy querido por todos. Sin embargo, una vez leído el libro, esta información se queda corta, pues la lectura es tan rica que hace falta una biografía más extensa que guíe y nutra al lector.

En el libro se recogen una serie de crónicas, relatos y remembranzas personales. Atadas siempre a un delgado hilo de humor sutil, se suceden las crónicas sobre las guerras de la independencia y los diferentes protagonistas. Perfectamente circulares, remata las anécdotas con una frase, generalmente muy divertida. No sería justo con el lector hacer una simple síntesis; se hace necesario tentarlo, por ejemplo, con un trozo de "Un episodio colombiano":

...Corría el año de 1828 cuando, por consecuencia de los pretextos de nuestros queridos hermanos del Rímac, nos vimos en la imperiosa necesidad de hacerles frente en la llanura de Tarqui [...]

Se triunfó, y después del triunfo el general en jefe estableció su cuartel general en la ciudad de Cuenca, donde quiso dar reposo a sus valientes y esperar órdenes del gobierno para seguir a su destino [...]

[...] llegó en la época de Semana Santa época famosa para los devotos: pero no tanto para los soldados...

Así, pues, durante las celebraciones de Semana Santa los soldados encuentran en la catedral, donde se acuartelan, que a diferencia de las celebraciones del resto de América, donde los santos, panes y viandas son réplicas de madera, en Cuenca habían extendido manjares exquisitos y vino en abundancia. Durante la liturgia posaban las

efigies y luego los canónigos y miembros del apostolado comían de veras. El hambre de campaña acumulada y el olor de las delicias tientan al ejército, y sus capitanes deciden dar cuenta de lo servido, no sin antes simular un combate y retirar a los mudos comensales:

Uno empuñó a Santiago por las pantorrillas y lo depositó en un rincón, otro a san Bartolomé y lo tiró a una nave; éste a san Juan y lo estrelló contra el presbiterio; y el otro a la Dolorosa, y la estropeó sin piedad y aquél a la Magdalena y la botó a un tejado de la sacristía. Hecho lo referido, sentáronse a la mesa, bebieron el vino, comieron la carne, devoraron las frutas y acabaron con cuanto había porque era día de abstinencia...



El sacristán, ante tamaño escándalo, corre a dar las quejas al general Sucre, quien jura impondrá castigo y para tal efecto hace llamar al coronel al mando, el señor Fernández, a quien encomienda averiguar lo sucedido y buscar los culpables, amenazando con severos castigos. Y la conclusión:

—Y bien, dijo Sucre, ¿qué ha averiguado usted? Dé cuenta del resultado de su comisión.

—Excelentísimo señor, dijo, tomando con la diestra mano un rollo de papel que llevaba debajo del brazo izquierdo: de acuerdo con el mandato de Usía y en cumplimiento de mi deber, he procedido escrupulosamente a la investigación de los hechos. Estos se cumplieron como Usía me lo indicó [...] Inspeccioné el campo, y como resultado de pesquisas encontré a Cristo muerto, a san Juan, contuso; a san Bartolomé estropeado; a la

Dolorosa, herida, y a la Magdarena, dispersa [...]

Sin duda fue tanta la seriedad y fue tanto el aire cómico del relato al dar el informe, que el gran Mariscal no pudiendo contenerse arrojó el bocado que en la boca tenía y prorrumpió en carcajada tan abierta y ruidosa, que sus dientes incisivos, sus caninos y hasta las muelas del juicio quedaron visibles [...]

La cosa quedó así.



Son los relatos, pues, de gratísima lectura; la descripción de los personajes y las situaciones, deliciosas; las anécdotas graciosas están narradas de tal forma, que no sobra ni hace falta nada. Son varias las anécdotas de las guerras intestinas, mientras en otras describe personajes en situaciones particulares con la clara intención de dejar una enseñanza, sin que ésta merme o haga aburrido el texto. Las anécdotas de su vida de estudiante son igualmente amenas; detalladas descripciones de la Bogotá de entonces, de la vida y las maromas de los estudiantes internos, de las cenas fastuosas, de salones y teatros. Recorre las calles de Bogotá, describe los diversos tipos de habitación, las rutas usuales, las costumbres y el modo de ser de sus habitantes. Pero no hay asomo de un comentario malsano o de crítica injusta; por el contrario, se trasluce una calidad humana y una sencillez difíciles de encontrar.

Veamos algunos apartes más que dan cuenta de la fluidez y vigencia de la narración:

Y había en Villa de Jericó, también en esta comarca antioqueña, un joven bastante despierto, que

se dio a beber licores espirituosos y a la tarea de embriagarse instantáneamente. Tanto bebió el mozo, que por fin los sesos se le resintieron y las ideas se le alteraron, pues como dice un amigo nuestro que sabe de química, la inteligencia es enteramente soluble en el alcohol. De borracho, el pobre hombre pasó a loco, o más bien, a un doble ser entre borracho y loco, muestra deplorable que suele manifestarse por desdicha en el linaje humano. [...]

Una tarde gran número de los concurrentes a la feria había apurado el licor más de lo preciso, y las calles del lugar estaban repletas de beodos a cual de ellos más insolente, más agresivo y más peleador. El señor alcalde y la policía que aquello vieron, salieron con todo el prestigio de la autoridad a calmar el bochinche y a reducir a prisión a los más peligrosos bullangueros.

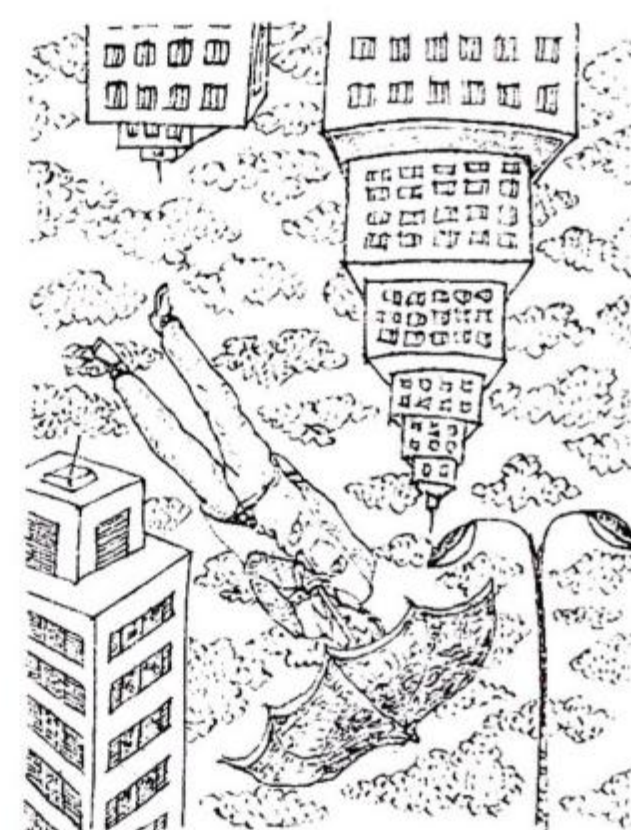
El loco que apreciaba el movimiento desde una alta esquina de la plaza, y a quien sin duda agradaba la situación y encantaba el bullicio, decía a voz en grito para que todos le oyeran:

—¡Señores, no interrumpen el desorden!

Si no fuera que temo herir susceptibilidades, diría que el loco de Jericó se me parece un poco a la República de Colombia; porque sin ápice de calumnia, se puede asegurar que hace 77 años que estamos diciendo: “Señores, no interrumpen el desorden”.

En “Cuánto me costó la burra” cuenta las desgracias de un pobre hombre que pierde movilidad hasta quedar cuasiparalítico y, ante la imposibilidad de trabajar, se ve obligado a pedir limosna. Para colmo de males, a su cargo están su madre, completamente inválida y una criada jorobada y renca. Con el paso del tiempo, el hombre ve aún más mermadas sus capacidades físicas, y las visitas al pueblo las debe hacer a rstras, hasta que un día consigue comprar una burra para desplazarse sin dolor. La modalidad, entonces, lo

convierte en el hazmerreír del pueblo, en objeto de burla de los niños y adolescentes, en comidilla de las comadres y mercaderes, quienes a su paso lo siguen, preguntando: “¿Cuánto le costó la burra?”. Un día, agotado, se esconde en la iglesia, espera a que salgan los feligreses, arma una barahúnda y cuando llegan los curas los obliga a llamar con redoble y:



El busto, agarrado sólidamente a los bordes de la madera, se irguió, y con tono que algo tenía del eco de un ruidoso trueno, dijo: “Señor cura, señor gobernador, señores y señoras. Yo soy Pedro Moncayo, el hazmerreír de este pueblo, el burlado, el escarnecido, el maltratado por todos, el interrogado sin tregua por impertinente pregunta, y como no puedo contestarlo a cada uno en particular, he resuelto congregarlos a todos para decirles terminantemente que la burra me costó cuatro reales. Conque, amigos míos, ya lo saben; no jeringiarme más y todo el mundo a su casa.

Nosotros conocemos mucha gente: abogados, médicos, gobernadores, presidentes, comerciantes, clérigos, agricultores, candidatos, diputados, periodistas, alcaldes, y prefectos &., que bien quisieran reunir en una corporación a todo el linaje humano para decirle de una sola vez, cuánto les costó la burra.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR